

Albert Béguin entró con pasión en el diálogo; incambiado el alto objetivo, de los grupos de "Esprit" pero trayendo sus propios medios y sus propias tendencias. Estos perturbados años contribuyeron a intensificar hasta lo exclusivo su preocupación por el estado del mundo. Lo percibimos en la orientación general de "Esprit" y en sus números especializados: *Los sacerdotes obreros, Hungría, Argelia*, etc. Mientras el diálogo existe hay una posibilidad de entendimiento, y por lo tanto hay que actuar hasta el final como si la hubiera. Se interioriza en cada uno de los campos adversos, acusa, defiende, —a veces prefiere—, pero dilucida y ayuda a dilucidar. En los casos en que opina arbitrariamente, la intención y el método enseñan libertad.

En el tumulto de los acontecimientos simultáneos y sucesivos, necesitábamos conocer su opinión y, aun en los casos en que no coincidía con la nuestra, abríamos con segura esperanza las páginas encabezadas por Albert Béguin y dialogábamos secretamente con él.

La imprevista noticia, llegada de Roma, nos ha dejado también a nosotros una impresión de soledad.

S.

MARIA ADELA BONAVITA: "Poesías"

por

ARTURO SERGIO VISCA

(Montevideo, Ed. "Asir", 1956).

Entre los pocos libros importantes aparecidos en nuestro país en el curso del año pasado, merece destacarse muy especialmente el que, bajo el título "*Poesías*", recoge la producción poética completa de María Adela Bonavita. La vida de esta poetisa uruguaya, nacida en San José el 4 de noviembre de 1900 y muerta en Montevideo el 9 de mayo de 1934, fue muy breve. Fue, también, una vida dolorosa. En la página liminar del libro, escrita por Luis Pedro Bonavita, hermano de la poetisa, se hace una sobria pero emotiva semblanza biográfica de María Adela. En pocos trazos se muestra allí la imagen dulce y serena de esta criatura de dolor, mordida por una enfermedad incurable, de la cual tenía conciencia, sin que ello lograra desesperarla. "*En algunos momentos* —escribe Luis Pedro Bonavita— *la invadía una profunda tristeza. Lloraba silenciosamente, pero en un estado de extraña tranquilidad*". Igualmente breve, pero de excepcional calidad, es la obra poética de María Adela Bonavita. En vida publicó un solo libro: "*Conciencia del Canto Sufriente*" (1928), precedido de un fino y sensitivo prólogo de Pedro Leandro Ipuche. Ese libro ya había bastado —como ha dicho alguien— para crearle a la poetisa maragata ese círculo de lectores "*fieles, desasidos, misteriosos*", que acogen la obra como un don que se incorpora a sus vidas, y que, poseídos de esa "*forma solitaria de la admiración que musita en vez de clamar*", se constituyen como los mejores lectores, los únicos que realmente importan. Al morir, dejó inéditos María Adela Bonavita un conjunto de poemas, de los cuales sólo unos pocos fueron dados a conocer por alguna revista literaria. Tres secciones forman el libro: la primera se constituye con 15 poemas y se titula "*Los Imanes del Abismo*"; la segunda, que lleva como título "*Otros poemas*", incluye 19; la tercera, reproduce los 33 poemas del libro de 1928. Así, pues, este libro, esperado desde hace años, ofrece una imagen completa de la poetisa maragata al quizás no muy nutrido pero seguramente fervoroso núcleo de lectores de "*Conciencia del Canto Sufriente*". Esa imagen muestra a un ser que trasciende su dolor disolviéndolo en ternura y que derrama en amor sus sufrimientos y tristezas. Es también la imagen de un poeta que ha creado

su propio e inconfundible orbe lírico. Hay en todos sus poemas un clima de alma, un sabor del todo suyo e intransferible, que los deja como temblando en una atmósfera de acendrada pureza. Pero todo ello naciendo no de un preconcebido intento de hallar lo original, sino de una angustiada atención de la poetisa a la forma en que la vida se revela en ella. Por esto, su originalidad no es "rareza" y su poesía se acerca a las creaciones de algunos seres de almas afines, sin que se destruya en ella la desnudez absolutamente personal de su experiencia propia.

"*María Adela no era católica. Era mística, creó*" —dice Luis Pedro Bonavita en su semblanza biográfica y Pedro Leandro Ipuche, en su prólogo, corrobora esta opinión cuando afirma que María Adela Bonavita "*pertenece a la gran familia mística que sigue viva por entre el destino de la humanidad*". Es indudable que la poesía de María Adela Bonavita hunde sus raíces y arraiga en una intensa experiencia religiosa de la vida. Esta experiencia trae a los versos de María Adela Bonavita —no sé si debido a lecturas o a simple adivinación— ciertas reminiscencias platónico plotinianas y parece acercar su poesía a ciertas formas del panteísmo. Platónicamente siente que el Alma, al nacer en esta Vida, queda prisionera de esa Sombra que es el cuerpo. Con palabras transidas y dolorosas narra la poetisa, en "*¡Patria mía!*", poema en prosa con que se abre "*Conciencia del Canto Sufriente*", esa caída del alma en la cárcel del Cuerpo. "*Cuando nací en esta Vida me envolvió la Carne dolorosa, y una mano de hueso me apretó fuertemente (...)*" —escribe María Adela Bonavita en ese poema que es una clave para comprender muchos aspectos de su poesía. Plotinianamente siente la poetisa que cada ser real —vivo o inerte— es emanación o realización de una pura espiritualidad divina. Cada ser, al realizarse, se aleja de aquel foco originario de esplendente luz. En unos versos que, con variantes, se repiten en varios poemas —"*El Nacimiento de los Símbolos*", "*La Vuelta del Pensamiento*", "*Los Minerales y las Palabras*"— se dice: "*Cada Idea divina / voló con voluntad —aislada en Angel— / con su centro de Amor, / como una lámpara*". Y estos Angeles, se agrega luego, "*se convierten en Sombras*" y "*se envuelven, se funden y se olvidan / en la danza girada de la vida*". Y aunque en la poesía de María Adela Bonavita no se identifica a Dios y al Mundo, ni forman Dios y la totalidad de lo existente una única realidad, la poetisa siente que hay un destello de la Divinidad en todo lo creado: "*... Hay un ángel que anida / en esta piedra, / detenida en la orilla de la vida*"; el Arbol es "*el punto de partida / del Gran Viaje / hacia Dios*"; el Bichito de Luz es "*montoncito de Sombra / y pedacito de Alma*"; Los Minerales, "*encerrados / en los ángulos helados / de la Inmovilidad*", son "*reserva / que el Alma aún no ha tocado*"; dentro de la Hortensia hay un alma misteriosa: "*¿Quién me mira, / Dios mío, / a través de los pétalos sonrosados o lilas / de la Hortensia?*".

Esta vivencia, o experiencia religiosa de la vida, según la cual se siente al alma como prisionera del cuerpo, mientras se ve brillar dentro de toda cosa un destello de la Divinidad, parecería crear, a primera vista, una tajante escisión entre el mundo natural de la materia y el sobrenatural de la tranrealidad puramente espiritual. Pero esta opinión es sólo aparente. El punto de inserción entre ambos mundos, entre el natural y el sobrenatural, se encuentra, en la poesía de María Adela Bonavita, en el sentimiento de nostalgia de Dios, vivido y sufrido por la poetisa con maravillosa diafanidad. Este sentimiento de nostalgia de Dios, aunque a veces secretamente y como un murmullo de agua lejana, impregna todos sus poemas y se constituye en eje de su poesía. Es ésta como un paisaje en cuyo fondo se recorta temblorosa la presencia de Dios. En el citado poema "*¡Patria mía!*" se expresa intensamente ese sentimiento de nostalgia de Dios: "*Dios mío!... Desde que caí en esta Sombra siento la nostalgia de tu Luz, pero apenas si me es dado evocarte!... (...)* A veces, me encarno de tal modo en la Sombra, que hasta llega a sentirse un Deseo infinito la Carne dolorosa; y entonces, ¡apenas Humana!... siento la nostalgia de tu Serenidad...". Esta transcripción muestra cómo el sentimiento de nostalgia de Dios es un puente tendido entre el mundo material y el divino. Porque si el alma siente la nostalgia de su patria celeste, también la materia, contagiada de divinidad por el alma, sufre la imantación de aquella región divina. Por esto, en los versos iniciales de otro poema, poderoso y dramático, titulado "*Plegaria de la Sombra Agonizante*", la Sombra ruega al Alma de este modo: "*Alma mía / estoy triste hasta el frío... / Ya está cerca la arista de la Muerte / donde habré de acostarme. / ¡Tú, Alma mía, / no alejes de mí tu socorro!... / Sin tu compañía en esa línea recta de la Noche, / en ese río inmóvil del Misterio... / ¿cómo desear a Dios?...*". La materia no es, pues, en la poesía de

María Adela Bonavita, como lo es en Plotino, el no-ser y el mal absoluto. Ni es, como en los panteístas, formas de la Divinidad, que pueden permanecer quietas, absortas en sí mismas. Por lo contrario, todas los seres se muestranpalpitantes de una trémula vida que se resuelve en un canto que es al mismo tiempo una plegaria. Cada poema es también un rezo. Un rezo de la poetisa a Dios y un rezo que los seres irracionales, las plantas y las cosas envían a Dios através de la poetisa. La sustancia del mundo es como un canto sufriente nacido de la nostalgia de Dios. Adquirir conciencia de ese canto es el destino del alma. Henchida ésta de la conciencia de ese canto, confunde y anuda en sí la tristeza, la dulzura y la nostalgia: "*Dios sabe qué tristeza es la mía, / florecida de estrellas. / Yo la llamo «tristeza», pero sé que está henchida / —como un fruto maduro— / de dulzura. / Yo la llamo «tristeza» mas su nombre es «nostalgia»*". Y de esa tristeza, de esa dulzura, de esa nostalgia, "*sangra / este dolido canto / en gotas / musicales / que resbalan a Dios*".

Toda esta experiencia religiosa de la vida, trasmutada en una pura poesía expresiva de una límpida espiritualidad, se manifiesta frecuentemente, en los versos de María Adela Bonavita, a través de un delicado y complejo sistema de símbolos. Ellos apuntan hacia un inefable trasmundo, pero sin dejar de ser, al mismo tiempo, el algo concreto que esa misma palabra connota. Como ejemplo de esto, podría citarse el magnífico poema "*La danza de la noche*", cuyo ritmo y casi mágicas visiones engendran un sentimiento deliciosamente alucinante. En otros poemas es el mundo de la realidad cotidiana de la poetisa el que pasa al primer plano, aunque esa realidad queda siempre envuelta en el aire dramático y trascendente de aquel trasmundo inefable, dentro del cual las cosas de la realidad vibran y se transparentan como en un agua traslúcida. Tal como lo ha expresado exactamente Héctor Bordoli en nota aparecida en "*El Ciudadano*" (Nº 28, 8/III/57), en la poesía de María Adela Bonavita "*lo sensible, lo corpóreo, un sonido, una flor, un niño, un reflejo, no se reducen a lo que son y a las resonancias que en el poeta despiertan, sino que se transforman en imanes o catalizadores de otra realidad*". Poemas así, para citar sólo cuatro entre muchos, son "*Ovejita, nada sabía yo*", "*La Alegría del Pájaro*", "*El Picaflor*" y "*Los niños*". Para mí, este último, uno de los poemas más diáfananamente puros que conozco en español.

Cerraré estas rápidas observaciones con unas pocas palabras más. En 1928 se publicó "*Conciencia del Canto Sufriente*". Ahora, casi 30 años después, se conoce el resto de la producción de María Adela Bonavita. El paso del tiempo no ha restado actualidad a su poesía, que se mantiene incontaminada de caducidad. Su poesía tiene esa fresca y darmática actualidad (tan hundida y tan fuera del tiempo, a la vez), de los poetas que hacen su obra desde una fidelidad nunca traicionada a su propia experiencia vital. Como Pedro Piccato, como Líber Falco, para citar, entre los uruguayos, dos poetas cuya obra ya fue cerrada por la muerte. Así, con sustancia de su propia vida, hizo su poesía María Adela Bonavita. Se movió a veces en los límites de lo expresable. Y entre la diafanidad de sus versos cruzan entonces extrañas oscuridades. Pero ellas no nacen de oscuridad en la visión interior sino de que anda entre dramáticas claridades inxpresables. Oscuridad legítima. La hondura de la experiencia vivida explica ciertas vacilaciones en la voz, ciertos titubeos expresivos de esta poesía que busca la autenticidad de su ritmo externo en su adecuación al ritmo interior de lo vivido. Y éste se quiebra a veces, absorta el alma en la contemplación de una lejana luz anhelada. Pero estos bordes de sombra destacan, finalmente, la diafanidad de la visión total. Esta ha nacido y se ha realizado como en estado de gracia. Debemos acercarnos a ella con infinita delicadeza.